

## LA ODISEA DE HALIMA

**Jairo Omar Hernández Bonilla**

El señor alto le dice que trague y no le entiende, pero le entiende cuando le apretuja la cabeza. Ella sigue sin saber porque está allí, lo único que sabe es que no quiere permanecer ni un día más en ese infierno.

Un “dónde estás mamá” sale de lo más profundo de su ser, y divaga y aletea por sus entrañas sin desembocar en sus labios porque sabe que nadie la oirá. No, nadie lo hará. Su cuerpo se estremece, y sus músculos no responden ante su llamada cuando la áspera y arrugada piel del señor alto, raspa su delicada piel. Ya dentro de su cuerpo, el dolor la envuelve, mientras cuenta hasta diez e imagina que no está en ese lugar. ¿Pero qué lugar puede imaginar una niña de 6 años, cuando su memoria poco recuerda de los días felices antes del estallido de las bombas? Sin más, cierra los ojos y la nada la absorbe. Rota, se imagina con su madre, y un “donde estás mamá” vuelve a divagar dentro de ella. De repente cree oírla, que le susurra que deje de llorar, que está ahí con ella, a su lado, que le dice que cuente hasta diez. Su cuerpo ya no es su cuerpo. Ahora la escucha cantar Endi baba wa: *Tengo a papá y tengo a mamá , siempre conmigo, hasta en el sueño...*” y le repite que no lllore.

El señor alto le dice que ha terminado, que ha sido una niña buena, y ella no le entiende, pero le entiende cuando le deja un nuevo juguete. Halima, no quiere más juguetes, no quiere jugar más.

Meses antes de conocer al señor alto, a Halima le encantaba jugar con Mahmoud y su mamá. Ellos se refugiaban en un campamento situado en un barrio al sur de Homs. Allí siempre que su madre le daba un abrazo, ella podía sentir a Mahmoud cerca de ella. Su madre le decía que él tenía ganas de verla y jugar con ella pero Halima nunca podía escucharle...

El señor alto ha regresado, y su mamá y Mahmoud han vuelto a cantarle. Le ha susurrado que intente escapar, que ellos la ayudarían. Pero él la mira, y algo dentro de ella quiebra; el miedo se apodera de su cuerpo y sus músculos se entumescen y tiemblan, como ya lo hizo su barrio, como ya lo hizo su vida. Halima, no comprende por qué su madre quería que vinieran a un lugar como éste. ¿Dónde están los paisajes verdes que le enseñó? ¿Dónde están la paz y la seguridad que les prometió? Porque Halima nunca se ha sentido menos protegida que ahora, en la enormidad de un cuarto oscuro de donde no puede salir, en el letargo de los días fríos y largos donde no tiene más refugio que el abrigo que le provee la oscuridad de la noche, cuando tiene la certeza de que su verdugo no la está observando. *“Ya estamos aquí Halima, ya estamos aquí.”* Son palabras que recorren su mente cada día, que flotan y aletean de aquí a allá en un efímero instante, y que se difuminan en la humedad de una lágrima. Porque efectivamente, ellas ya estuvieron allí, la primera vez.

La debilidad de una persona, está marcada por la conjunción de hechos y circunstancias que hacen que actuemos de una forma u otra. La debilidad humana, está aferrada a aquello que recordamos que nos hace débiles, que nos hace enterrar nuestro valor. Pero la valentía no necesita recordar, la valentía es un acto reflejo de nuestra naturaleza animal, actuando de una manera cuando creemos sentirnos en peligro.

Así, los búfalos corren cuando sienten los pasos del león porque es su naturaleza.

Pero hay ocasiones, en las que la naturaleza no entiende de probabilidades, ocasiones en las que el búfalo se defiende contra el león porque las circunstancias no le permiten correr. Y en ese punto, el búfalo sabe que o saca su valor o está condenado. Y es en ese punto, donde convergen el valor y la debilidad, una línea difusa, en la que el búfalo olvida quién es, y qué le corresponde en la cadena animal.

El señor alto estaba a punto de irse cuando algo nació en ella. Fueron segundos, en los que su mente se vio envuelta en una encrucijada en la que dos disyuntivas luchaban en una balanza en la que el peso sólo podía caer de un lado: atacar o permanecer inmóvil, durante no se sabe cuánto tiempo más ante el maltrato de su villano. Algo se apoderó de Halima, en un instante en el que olvidó quién era, y qué le correspondía hacer. Eran sus intentos de supervivencia enfrentándose contra la débil naturaleza de una niña de 6 años, era el búfalo decidiendo si correr o enfrentarse al León, eran la naturaleza humana contra la naturaleza animal. Temblando, se subió a la cama y desde allí le tiró con toda la fuerza posible una lámpara de hierro que había en la habitación a la cabeza. Saltó de la cama y siguió dándole golpes al señor alto que permanecía en el suelo. Y empezó a correr hacia la puerta, pero él la sostuvo del pie, y ella también cayó. Era el búfalo contra el león, luchando por no morir. Era el león contra el búfalo, luchando por no dejar escapar a su presa. Halima, sintió una fuerza dentro de sí que reavivó el valor que había muerto durante aquellos meses en esa habitación. Le mordió con todas sus fuerzas, y consiguió soltarse. Cruzó la puerta, subió los 55 peldaños de las escaleras y corrió sin mirar atrás. Ella escuchaba a su madre diciéndole que corriera, que corriera sin parar.

La acera estaba fría, pero sus pies descalzos no dejaban de correr. Fueron minutos que se hicieron eternos, minutos en los que su corazón se desbordaba. Minutos en los que desde lo más profundo de su alma

gritaba “ayuda”, una ayuda que por fin salía de sus labios, y aunque nadie la entendiese, por lo menos alguien podía escucharla.

Fue una muchacha de ojos claros, y pelo negro, la que la ayudó. Halima cayó en sus brazos, y un momento después perdió el conocimiento. A la mañana siguiente despertó en el hospital, y después de darle el alta y hacerle muchas pruebas, la llevaron a un centro de menores.

En aquel sitio había muchos niños jugando y sonriendo. Ella solía jugar con Mahmoud y su mamá, antes de embarcar por segunda vez hacia la que iba a ser su nueva vida. Su madre le decía que Mahmoud la iba a querer mucho, y que cuando él naciera iban a poder jugar juntos a lo que quisieran, y que no haría falta que ella le dijera lo que él estaba pensando, que por fin iba a poder verlo.

Pero el destino a veces se esfuerza en cambiar nuestros planes. Así, mientras jugaba con su mamá de camino a su nueva vida lejos de la guerra, el barco comenzó a hundirse. El pánico se apoderó de todos, y los gritos aplacaron el sonido de las olas y del viento, que inauguraban el comienzo de una tragedia. Halima cogía fuerte a su mamá de las manos, pero entre la confusión y el frío del mar, se separaron. Lo último que recuerda Halima, de su madre es escucharla decir que cuente hasta diez y que salte del barco. Y así lo hizo. Ahora sabe que su madre murió ese día, y también Mahmoud, que estaba allí. Dentro.

A Halima le hicieron muchas preguntas. Preguntas acerca de las marcas en todo su cuerpo, preguntas acerca de los señores que la vendieron. Pero ella apenas pudo dar información que pudiera ayudar a descubrir el paradero del pederasta. Ella contó toda su historia, desde el comienzo de su pesadilla en Homs, hasta su llegada a Grecia.

El señor del bigote negro, dice que ahora si puede vivir en su país. La primera vez que había venido con su madre, poco después del inicio de la guerra, las habían rechazado y deportado a su país. Najya

pensó que las acogerían, pero no fue sí. A raíz de eso, ya en Siria, después de descubrir que estaba embarazada, y ante la desesperación por la expansión y gravedad de la guerra, Najya acudió a las mafias para conseguir dos puestos en las embarcaciones que la llevarían a su desgracia.

Ahora a Halima, ya la consideran una refugiada, pero ni su mamá ni Mahmoud están con ella.